



martes 3 de agosto de 2004

la tercera

EL RETABLO DE LAS MARAVILLAS

por RICARDO GARCÍA CÁRCEL. Catedrático de Historia Moderna. Universidad Autónoma de Barcelona/

VIVIMOS un país, un tiempo que parece reproducción del que vivió Cervantes y sobre el que ironizó como nadie el propio Cervantes. Ante los fastos que se preparan para conmemorar la primera edición del Don Quijote, convendría empezar por evocar la maravillosa capacidad cervantina de distanciamiento respecto a la fiesta cortesana, la memoria oficial, la celebración retórica. Nadie como Cervantes convirtió en objeto de sutiles dardos críticos literarios, la vanidad, la prosopopeya, la huera arrogancia («y luego, incontinente/ caló el chapeo, requirió la espada/ miró al soslayo, fuese, y no hubo nada»).

La memoria cervantina debería, ante todo, servirnos para leer intensa y extensamente a Cervantes, toda su obra. Y en ella descubriremos, con no poca perplejidad los muchos nexos de aquellos primeros años del siglo XVII con los primeros años del siglo XXI. El principal, el contraste entre la función social en el teatro del mundo y la auténtica realidad pura y dura; la contradicción entre el engolamiento de los roles sociales y la pobreza de las identidades personales; la frustración permanente entre la representación escénica (parecer) y la realidad humana (ser).

Los Entremeses, que Cervantes publicó en 1614, son un laboratorio donde se denuncia, eso sí con toda la ternura del mundo, el ejercicio de hipocresía que se esconde tras las pompas de la apariencia y la ficción. Muchos de estos entremeses aportan lecciones aplicables a nuestro tiempo. La cueva de Salamanca es una parodia de las miserias culturales de la Universidad. El vizcaíno fingido es un sarcasmo acerca del mito de los caracteres nacionales. Pero, de todos los entremeses cervantinos, brilla con luz propia El retablo de las maravillas, sin duda influido por el viejo cuento del Conde Lucanor e de Petronio, de Don Juan Manuel. Allí se ironizaba sobre la estupidez de un rey burlado por los embaucadores que presuntamente confeccionaron un inexistente traje. En El retablo de las maravillas son los cómicos los que anuncian la entrada en escena de una serie de imaginarios personajes que crean con palabras, gestos y pantomimas: Sansón, destruyendo con su energía las columnas del Templo, fuerza del mal y terrores desencadenados, toros, leones y ratones. Los espectadores, aterrorizados, retroceden ante lo que no ven, pero dicen ver, porque les han dicho que «ninguno puede ver las cosas que en él se muestran que tenga cara de confeso o no era habido y procreado de sus padres de legítimo matrimonio, y el que fuese contagiado desde las tan usuales enfermedades, despídase de ver las cosas vistas ni oídas de mi retablo». Inopinadamente, aparece un personaje solicitando alojamiento para las tropas del rey que acaba rompiendo el encanto, al afirmar que él no ha visto las fantásticas figuras y concentrando sobre él las iras del respetable. Evidentemente, la crítica de Cervantes se dirigía contra la Inquisición y su persecución de conversos, de los cristianos nuevos, pero sobre todo buscaba cuestionar la credulidad humana capaz de dar corporeidad a lo que se propone y fustigar al cinismo de los rentabilizadores de la ficción, del espectáculo grotesco que, agitando el fantasma de la etiqueta del converso, acaban atribuyendo al engaño la solidez de lo verdadero.

La transposición de El retablo de las maravillas a los tiempos manieristas del nuevo barroco que vivimos, es inevitable. Tanto que Albert Boadella no ha podido por menos que llevar adelante su propia versión. Efectivamente, asistimos al festival de la representación mediática, de las imágenes distorsionadas e interesadas, de los símbolos más o menos emotivos, que condena la realidad a la irrelevancia, a la sombra, al silencio. Hoy, el estigma del converso, incapacitado estructuralmente para

contemplar las imágenes del espectáculo representado, ha sido sustituido por el fantasma del antiprogresista, reaccionario o neoconservador, que no sabe ver lo que hay que ver, lo que ve todo el mundo.

La realidad ya no es, si no se escenifica a través del ruido mediático consiguiente. Lo que importa, ante todo, es el efecto funcional de los hechos y la subsiguiente instrumentalización o capitalización política de los mismos (el ídolo referencial es el qui prodest), la explotación de lo simbólico con toda su carga sentimental, el reinado de la opinión pública a partir del supuesto de la verdad científica imposible, la hegemonía del pensamiento simple y de los grandes pronunciamientos retóricos, la hipócrita amortización del dolor y de la lágrima... ¿Quién puede discrepar de los grandes conceptos tan repetidos como la paz, la diversidad, el diálogo, la verdad, la transparencia, la solidaridad...? El problema es que tanto uso y abuso de estas grandes palabras acaba derivando en pura frivolidad y banalización. Lo progresistamente correcto hoy es dogma de fe. Y la primera condición de lo progresistamente correcto es asumir las maravillas del mundo que nos rodea, por encima de nuestras dudas, perplejidades o descontentos. La convención social ha barrido la convicción propia.

La pregunta que se impone es: ¿cuál es la vigencia de El retablo de las maravillas? En la obra cervantina, el encanto de la ficción articulada por un tal Tontonello, se rompe o se desenmascara pronto a través de un personaje políticamente incorrecto llamado Furrier, que es acusado de converso por no ver lo que tenía que ver y además ser visto como personaje real, cuando tenía que ser ficción para los espectadores. La lección de Cervantes, en definitiva, es que la convención en la ficción, el papanatismo de los prejuicios de los espectadores es siempre frágil. Al final, un Furrier impertinente acaba aguando la fiesta. Las trampas de la apariencia tienen vida corta y el precipitante de la duda acecha siempre. La relatividad de lo subjetivo termina hundiendo el presunto consenso de la opinión «monstruosa y avasalladora» que, como dice Américo Castro, tanto le agobiaba a Cervantes, un relativista convicto, al que nunca le gustó la realidad que vivió y que tuvo siempre claro, como T. S. Elliot tres siglos más tarde, que «el género humano no es capaz de soportar una dosis excesiva de su propia realidad», que se refugió en la literatura para inventarse realidades alternativas distintas y distantes. Pero, no olvidemos que Cervantes estuvo siempre convencido de que sólo la literatura puede legitimar la fuga de la realidad. Algún día habrá que dejar el escenario, desvestirse del ropaje teatral, bajar a la platea y poner en evidencia que todo ha sido una ficción, que ha acabado El retablo de las maravillas, que ha llegado la hora de asumir la realidad.